



Afectos y disidencia sexual en *Sur*: Victoria Ocampo, Gabriela Mistral y cia.

Laura A. Arnés¹

Universidad de Buenos Aires
Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
laura_arnes@hotmail.com

Resumen: A partir de la lectura de una selección de ensayos publicados en la Revista *Sur* por Victoria Ocampo y Gabriela Mistral, se propone un primer acercamiento a esa red afectiva y literaria, feminista y disidente, a la que *Sur* dio lugar. Si bien tendieron a pasar desapercibidas ante la crítica, ciertas relaciones afectivas –que se plasmaron en textos– inauguraron desvíos y alianzas en una cultura fuertemente heterosexista, desestabilizaron estructuras canónicas del género y del deseo y dieron lugar a posibilidades de expresividad y de reflexión poco frecuente en las primeras décadas del siglo XX.

Palabras clave: Revista *Sur* – Sexualidades disidentes – Feminismo

Abstract: From the reading of a selection of essays published in *Sur* by Victoria Ocampo and Gabriela Mistral, a first approach is proposed to the affective and literary, feminist and dissident network to which *Sur* gave place. Although they have tended to pass unnoticed to literary critics, certain affective relationships that were embodied in texts, inaugurated deviations and alliances in a strong heterosexist culture, destabilizing canonical structures of gender and desire and opening possibilities of expressiveness and reflection infrequent in the first decades of the twentieth century.

Keywords: *Sur* – Sexual dissidence – Feminism

¹ **Laura A. Arnés** es Licenciada y Doctora en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) con sede de trabajo en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (UBA). Ha organizado y participado en reuniones científicas y ha publicado artículos especializados en diversos medios académicos. Publicó el libro de poesía *Manzana Fue* (2011) y las plaquetas *Parto* (Proveedora de Droga, 2005), *Variaciones* (Color Pastel, 2005) y *Poemas* (Color pastel, 2004); participó, también, en las antologías *Poesía Manuscrita II* (2009) y *Habitando la frontera, poesía escrita por mujeres latinoamericanas* (en la frontera, 2008). Recientemente, publicó *Ficciones lesbianas. Literatura y afectos en la cultura argentina* (Madreselva, 2016).

“Nunca he sabido su historia, si alguna tuvo; las historias de amor de las solteras [...] no interesan a nadie [...]. Sobre el corazón pudoroso que se marchita con su secreto van cayendo los días como copos de nieve y el secreto queda encerrado bajo la blancura del tiempo”.

Teresa de la Parra “Influencia de las mujeres en la formación del alma americana”.

Afectos y disidencia sexual en *Sur*

En la euforia vanguardista de las primeras décadas del siglo XX y comprometida con la reflexión política que atravesó a la década del treinta, nació en Argentina una revista que buscó satisfacer un imperativo de modernidad. Aunque lo cierto es que *Sur* (1931-1992) no fue sencillamente una revista: fue un proyecto cultural de alto impacto en América Latina que funcionó como enlace entre la intelectualidad argentina y latinoamericana y el pensamiento europeo y norteamericano, e intervino en discusiones estéticas, políticas y filosóficas de alcance global.

Fundada y dirigida por Victoria Ocampo, desde sus inicios contó entre sus colaboradores a intelectuales reconocidos y, a lo largo de los años, publicó y tradujo gran cantidad de artículos críticos que generaron diálogos nacionales e internacionales. Pero no siendo esto suficiente, en 1933 Ocampo fundó la editorial *Sur*, convencida de la necesidad de difundir y traducir la obra de escritores contemporáneos.

Como se sabe, el material crítico sobre *Sur* abunda (*Punto de vista* 1983; King *Sur*; Gramuglio “Posiciones” y “*Sur*”; Pasternac *Sur*; Podlubne “*Sur*” y Wilson *La constelación*, entre otros). Sin embargo, como ya notaron Gabriel Giorgi y Mariano López Seoane (“Surtidos”), ninguna aproximación crítica a la revista postuló todavía una mirada de conjunto sobre las políticas y éticas de la sexualidad que atravesaron a *Sur* que no sólo tenga en cuenta el hecho de que la revista se sostuvo, en parte, sobre un colectivo sexualmente disidente sino que, además, dé cuenta de los modos en que las políticas de traducción y de citados y la red de relaciones que el grupo llevó adelante dieron cuerpo a una suerte de canon sexualmente desviado. A modo de ejemplo: en el año 1938 la editorial *Sur* publica

Orlando de Virginia Woolf, traducida por Borges; en 1958, *Olivia*, novela de temática lésbica. Un año más tarde, en medio de un intercambio controversial entre Bianco y Ocampo, se publica *Las Criadas* de Jean Genet (traducida por Silvina Ocampo y Pepe Bianco). En 1950 Sebrelí discute la figura de Wilde en relación con “El sentido del ser”. Tres años después, *Sur* publica “El artista preso” de Albert Camus, sobre la prisión de Oscar Wilde y, en 1961, *El destino del homosexual. A través de la vida de Oscar Wilde*, de Robert Merle. En 1959, la editorial publica *Lolita* (Nabokov) traducida por Enrique Pezzoni que, como la versión original, también fue censurada. Y ese mismo año sale el número 259 de la revista que funciona, tal vez, como bisagra en cuanto a su posicionamiento con respecto a la homosexualidad y su relación con la literatura (Arnés *Ficciones*). En este número, Murena discute la existencia homosexual en un ensayo titulado “La erótica del espejo” y, a continuación inmediata, en una desafiante decisión editorial, se encuentra “El disfraz”, un cuento de Juan José Hernández –que dialoga con el ensayo anterior– en el que circulan afectos lesbianos. En 1962, la editorial publica *Arbol de Diana* de Alejandra Pizarnik quien, unos años después, fantasea con la posibilidad de traducir para *Sur* a la danesa Karen Blixen, conocida por su cosmopolitismo excéntrico y su lesbianismo. Por otro lado, Pepe Bianco, secretario de redacción de la revista entre 1938 y 1961, no sólo publicó en la editorial *Sur* *Las ratas* (1943) sino que “Siete años”, su primer cuento en el que ya aparecen sexualidades ambiguas y deseos oscuros, es también publicado en la revista en 1935. Pero, además, tradujo *La asfixia* (1968) y *La cacería del amor* (1974) de Violette Leduc, escritora de ficciones autobiográficas abiertamente bisexual. También la tradujo Enrique Pezzoni (*La mujer zorrillo*, 1967), quien fuera el último secretario de redacción de *Sur*. Por otro lado, en 1932 José Bianco publica *La pequeña Gyáros*, un libro que más tarde rechazará al punto de negarse a hablar de él (*Moreno Vida* 53) y en el que cada cuento problematiza la relación entre imaginario social y deseo, entre sexualidad libre y no reproductiva y sexualidad burguesa.² El sentido del título se encuentra en el cuento homónimo:

² *La pequeña Gyáros* está conformado por seis relatos, cinco de los cuales habían aparecido en el suplemento cultural del diario *La Nación* entre 1929 y 1930. Fue reeditado en 1994 por Seix Barral.

la vida nos ofrece tan contadas posibilidades de felicidad. ¿Cree usted que debemos aceptar la ocasión que se presenta, a riesgo de cometer, de acuerdo con nuestro sistema, un acto que reputamos inmoral? [...]. – Los antiguos, mi querida señora, no conocían ese prurito de virtud. Eran más sabios. Eran menos escrupulosos que nosotros. Marchaban –el paso ágil, el paso desenvuelto– sin perseguir otro fin que su capricho, sin pensar en el bien ni en el mal. Gyaros era una pequeña isla Cyclades del mar Egeo, donde deportaban a los criminales bajo el imperio Romano. Pues bien, un poeta latino ha llegado a decir: *Aude aliquid Gyaris dignum* –Realiza alguna acción digna de la pequeña Gyaros– *si vis ese aliquid* – si quieres ser alguien. A la virtud todos la alaban pero hiela de frío. *Virtud laudatur et alget* (*La pequeña* 104; cursivas original).

Pero, además, según Hector Anabitarte no sólo se habrían llevado a cabo en casa de Bianco las primeras reuniones del *Frente de Liberación Homosexual* (1971) sino que, a pedido de Juan José Hernández, Bianco habría traducido los textos de las *Black Panthers* que aparecieron en los primeros números del boletín *Somos*.

Por su parte, Victoria Ocampo organizó en 1945 dos encuentros que giraron en torno a las por entonces convulsionadas relaciones entre ética y estética. El primero de ellos habría convocado a muchos de los principales colaboradores de la revista y habría estado organizado alrededor de un cuestionario que sintetizaba los aspectos considerados más relevantes para pensar la literatura. Para eso recurría a declaraciones de Wilde, Chéjov y Gide. El cuestionario incluía las siguientes preguntas: ¿Tiene razón Oscar Wilde cuando sostiene que no hay libros morales o inmorales sino únicamente libros bien o mal escritos? [...] ¿Debe seguirse a Gide cuando sostiene que con buenos sentimientos se hace mala literatura?³

Parece claro, entonces, que mi retorno a un material tan transitado tiene como objetivo pensar eso que permaneció por fuera de los archivos de la historia pero, además, procura activar la lectura de algunas modulaciones que la cultura argentina propuso en la relación entre textos y cuerpos, entre políticas sexuales, políticas estéticas y políticas (inter)nacionales o, incluso, entre pasión y escritura. En este sentido, propongo leer el cosmopolitismo de *Sur* no como mera gestualidad esnob y clasista sino como “deseo de mundo” (de contactos, de

³ Judith Podlubne analiza estos encuentros en su artículo “Entre la gratuidad y el compromiso: el valor de lo literario en la revista *Sur*”.

lecturas, de afectos); como un conjunto de procedimientos estéticos que median en una red más amplia de intercambios culturales desiguales y que habilitan la posibilidad de nuevas imágenes de mundo a partir de las relaciones que se delinean entre razas, culturas y sexualidades heterogéneas (Siskind *Cosmopolitan*). Es decir, me interesa ver los modos en que lo universal emerge, en palabras de Laclau (*Emancipation(s)* 28), no como un principio subyacente y explicativo sino como un horizonte incompleto que sutura una identidad particular (textual o afectiva) desde siempre dislocada y/o desviada.

Como ya sostuve (Arnés *Ficciones*), si bien es casi una obviedad decir que el canon moderno está atravesado por textualidades, cuerpos y deseos sexualmente disidentes (Djuna Barnes, García Lorca, André Gide, Jean Genet, T. E. Lawrence, Thomas Mann, Marcel Proust, Gertrude Stein, Walt Whitman, Oscar Wilde, Virginia Woolf, George Sand, entre tantos otros) y por narrativas –variadas y disímiles– que modificaron las percepciones sobre la sexualidad (pienso en Freud y Nietzsche, en las investigaciones llevadas a cabo por Alfred C. Kinsey o, incluso, en los diversos debates sobre el aborto y la prostitución –es decir, sobre una sexualidad no reproductiva–), lo que procuro leer son los modos en que *Sur* incorporó estos materiales, los tradujo y los discutió abriendo, para la lectura atenta, no sólo desvíos en una cultura fuertemente heterosexista sino, también, inaugurando una posibilidad de legibilidad, de expresividad y de reflexión poco frecuente en las primeras décadas del siglo XX.

Al final de una crónica publicada en *Sur* en el año 1957, en la que Vita Sackville West, amante de Virginia Woolf, habla sobre el *Orlando*, la autora cita un pasaje, supuestamente inédito, de esa gran carta de amor (como algunos lo han llamado) que dice así: “Era esta la literatura, un cuerpo” (69). Y ahí anida una idea central: por más que mucha crítica haya intentado darle a *Sur* la forma monstruosa de la razón moderna, hay en ella cuerpos. Muchos cuerpos y mil sexos.

Así, con este artículo inauguro un acercamiento al *continuum* lesbiano que *Sur* dibujó. Un rastro cargado de afectividad –de pasiones y de palabras– que se va a renovar constantemente a modo producción expresiva. No me interesa señalar, sencillamente, hacia una forma específica de la sexualidad sino analizar

ciertos modos de producción de referencia y de sentidos diferenciales que precisa de la construcción de una mirada, encantada –como dirá Ocampo– o admirada –como propondría Hernández–, que se fuga de la clasificación y construye, en cambio, figuras que desestabilizan las estructuras canónicas del deseo. Lo que queda claro al leer a Ocampo y compañía es que, como ella misma alguna vez confesó, en *Sur* hay lugar para escribir las pasiones. Es decir, en la escritura de las mujeres que allí publican, afectos, pasiones, lecturas y letras parecen siempre estar imbricadas.

Victoria Ocampo, Gabriela Mistral y Cia.

En 1938, Gabriela Mistral –que en realidad se llamaba Lucila Godoy Alcayaga– publica en la editorial *Sur* un poema titulado “Todas íbamos a ser reinas” (el pretérito imperfecto aparece negando, desde el paratexto, el imperativo patriarcal). Cito algunos versos que retomaré en los párrafos siguientes:

Todas íbamos a ser reinas [...],
Rosalía con Efigenia
y Lucila con Soledad.
En el valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo y azafrán [...].
Pero ninguna ha sido reina
ni en Arauco ni en Copán...
Rosalía besó marino
ya desposado con el mar,
y al besador, en las Guaitecas,
se lo comió la tempestad.
Soledad crió siete hermanos
y su sangre dejó en su pan,
y sus ojos quedaron negros
de no haber visto nunca el mar.
Efigenia cruzó extranjero
en las rutas, y sin hablar,
le siguió, sin saberle nombre,
porque el hombre parece el mar.
Y Lucila, que hablaba a río,
a montaña y cañaverl,

en las lunas de la locura⁴
recibió reino de verdad.
En las nubes contó diez hijos
y en los salares su reinar,
en los ríos ha visto esposos
y su manto en la tempestad [...].

Gabriela Mistral y Victoria Ocampo –dos de las intelectuales latinoamericanas más influyentes del siglo XX, dos presencias pioneras en las Academias de Letras, la primera, incluso, Nobel de literatura– mantuvieron correspondencia por más de treinta años pero sólo se encontraron ocho veces. De estas ocho reuniones Ocampo va a dar cuenta en una elegía a la muerte de Gabriela cuyo título, “Y Lucila, que habla a río” (1957), no sólo es clara referencia al poema recién citado sino que insiste en su tono autobiográfico:

en Madrid (cuando me la presentaron).
En Mar del Plata (donde vivió feliz).
En Buenos Aires (con sus amigos, en mi casa).
En Niza (con su sobrino).
En Roma (con su angustia).
En Washington (aquella noche, de vuelta de Estocolmo, después de recibir el Premio Nobel, cuando me contó el suicidio del sobrino [...]).
En Rosslyn (entre los árboles sin hojas de la casa de Doris Dana).
En el sanatorio anónimo de Hempstead (viéndola pasar por el momento ya previsto y descrito por ella):
Cuando mi cuello roto no pueda sostenerme
(pero ahí estaba el brazo filial y no previsto de Doris).
Y mi mano tanteé la sábana ligera
 (“Tómale la mano”, me dijo Doris. La débil mano quedó inerte entre las mías [...]). (75; cursivas original).

Tómale la mano, insiste Doris; entrega o autoriza Doris. Porque es ella – Doris Dana– quien posee los derechos afectivos sobre el cuerpo ahora impasible de Mistral. La esencia del tacto es, sin lugar a dudas, afectiva y estos regímenes perceptuales son los que dan textura a mi lectura. Estos contactos sutiles, en los que dos o más cuerpos se acogen, son los que permiten movilizar la mirada,

⁴ Sin intención de cerrar sentidos, cabe hacer mención al hecho de que locura y lesbianismo comparten una historia en la literatura de finales del siglo XIX y principios del XX.

cambiar las preguntas; habilitar zonas de circulación de libido, locus de percepción de lo erótico y también espacios de inscripción de la sensibilidad.

Pero volviendo al principio. Ni en su correspondencia ni en sus ensayos Gabriela habló alguna vez de su sexualidad o de su vida amorosa. Y sin embargo, justo ahí, en la elegía a su muerte, Victoria Ocampo dejó algún rastro. Y no sólo porque nombra a Doris Dana⁵ y la reubica en el lecho de muerte de la poeta sino porque, además, da cuenta de esa última visita en la que Victoria no estaba sola: había ido con su gran amiga filántropa Louise Crane y su pareja Victoria Kent.⁶

Hago un paréntesis: fue María de Maeztu quien le presentó a Victoria tanto a Mistral como a Kent. Pedagoga de origen vasco, feminista militante, fundadora de la *Residencia de Señoritas* y del primer *Club de Mujeres* (1926-1936) en España fue, por supuesto, gran amiga de Victoria Ocampo. Las malas lenguas sostienen, y hay alguna carta llena de confesión arrepentida para probarlo, que Maeztu sentía una gran pasión por Ocampo y que, por esta razón, Kent le despertaba celos iracundos. Otro dato de color, comidilla feminista: en el año 1929, Maeztu organizó una cena privada a la que asistieron las dos Victorias y Caroline Bourland, catedrática del Smith College. Parece ser que a lo largo de la noche la charla viró hacia el amor. Bourland escribió al respecto con delicia: “Todas estas mujeres superan en radicalidad a las radicales. Su conversación fue altamente entretenida y me hizo sentir que el amor libre y un estado completamente comunista estaban ahí, a la vuelta de la esquina” (López-Ríos “These Ladies”). Sí, sorprendentemente, estaba haciendo referencia a Victoria Ocampo.

Decía, entonces, que en *Sur* había cuerpos y mil sexos. La primera vez que aparece Mistral en la revista (1931) es ligada a la figura de Martí y en la pluma del intelectual cubano Juan Marinello: “Es una lectura monótona, queda”, explica haciendo referencia a la voz de la escritora, “para no ahuyentar con ruido de palabras el caldo de entraña que corre por las letras gruesas [...]. A veces, la mano

⁵ A pesar de ser usualmente presentada como amiga, benefactora o secretaria de Gabriela Mistral, Doris Dana, escritora norteamericana, fue su pareja desde 1946 hasta su muerte.

⁶ La amante anterior de Crane había sido Elizabeth Bishop, de quien *Sur* publicó, también, algún poema. Entre Ocampo y Kent la correspondencia sería fluida a lo largo de muchas décadas y, además, las memorias de esta última, “Cuatro años en París (1940-1944)”, serían publicadas por la editorial *Sur* en 1947.

carnosa y larga va hasta el marco de la frente varonil [...]. Hay en esta mujer un temblor de lengua con sed y hartura de aguas” (156) –Y Lucila, que hablaba a río / en los ríos ha visto esposos / y su manto en la tempestad, decía el poema.

“Pero”, continua Marinello, “vendrá después la lucha con su sexo. Porque esta mujer-espíritu es también carne sexuada. Su visión poderosa saldrá a veces empañada de sangre maternal” (157). Así, frase a frase, se va tejiendo el imaginario de Mistral como madre literaria. Sin embargo, la crónica está plagada de frases genéricamente ambiguas y confusas, tanto en relación con Martí como con Mistral. Por ejemplo, haciendo referencia a las hipótesis tradicionalistas de Unamuno explica, en una frase de dudosa inspiración griega, que la fuente del poder martiano se sitúa “en la leche espesa bebida de los abuelos legítimos” (162). Pero me voy por las ramas.

Tenemos, entonces, por un lado, la imagen que se construyó alrededor de Mistral como la madre de Chile y que ella misma abonó –En las nubes contó diez hijos, decía el poema–. Esta figuración resuena, además, en otra imagen más cercana, de quien también fuera lesbiana y gran amiga de Ocampo: María Elena Walsh (“la madre de todas nosotras” como propuso la revista *alfonsina*, revirtiendo –politizando– el sentido de la maternidad universalizada de la escritora). Pero, por otro lado, se nos presenta ese caldo de entraña, ese cuerpo sexuado, esa pasión que guía a la letra gruesa en una cartografía desatendida por la crítica.

La primera nota que Gabriela Mistral publica en *Sur* se titula “Recado sobre Victoria Kent” (1936). Victoria Kent fue la primera mujer en ingresar al Colegio de abogados de Madrid, en 1925, y la primera mujer del mundo en ejercer como abogada ante un tribunal militar. En 1931 como Directora General de Prisiones –retomando el legado de Concepción Arenal– introdujo profundas reformas en el sistema penitenciario: mejora de la alimentación de los reclusos, libertad de culto, la ampliación de permisos, la abolición de grilletes y cadenas, quiso incluso implementar visitas conyugales para las mujeres. Entre otras cosas ordenó la construcción de la Cárcel de mujeres de Madrid –sin celdas de castigo y con ventanas– y el Instituto de Estudios Penales. Uno de los momentos más controvertidos de su accionar fue su oposición al sufragio femenino en las Cortes

españolas en 1931: sostenía que las mujeres españolas carecían de la suficiente preparación social y política y que, debido a la influencia de la Iglesia, su voto sería conservador y perjudicaría a la República.

En su recado Gabriela no escamotea cumplidos. Su admiración es evidente. Los atributos de Kent son cientos, su faena en la corte y en las cárceles soberbia. Pero lo que me inquieta es el retorno de la metáfora materna. Parece que alguna vez Kent dijo una frase que a Mistral le pareció un “relámpago de esos que alumbran una zona del alma”. La cito: “No se olvida nunca cuando un hombre o unos hombres en desgracia nos han llamado madre” (“Recado” 18). Y me pregunto: ¿Cómo funciona esa estrategia del imaginario social a partir de la cual la homosexualidad masculina impone fantasías terminales (Giorgi Sueños) mientras que lo lesbiano trae fantasías de maternidades generosas, virginales y no reproductivas? ¿Por qué la lesbiana intelectual, en el siglo XX, adquiere sus contornos en la forma de una madre republicana que excede las funciones de lo doméstico?

La segunda intervención de Mistral, en el número 25 de la revista *Sur* (1936), se titula: “Sobre Teresa de la Parra” (65). Teresa de la Parra fue una de las escritoras venezolanas más reconocidas. Feminista y aristocrática, vivió casi toda su adultez en el extranjero. Su obra, como explica Sylvia Molloy (*Poses*), siempre escrita en primera persona, está marcada por una inquietud de género, la disfuncionalidad familiar y el desasosiego físico.

“Admirándola mucho y queriéndola más”, explica Mistral, “poco nos escribíamos, manteniéndonos *siempre cogidas como de la mano*, en una *alianza* de criaturas que sirven al dios secreto de la América, *que andan la misma ruta* y truecan de tarde en tarde los trances de gozo o de pena que da la *extranjería*” (68; cursivas mías). De nuevo la mano, el contacto afectivo, como metáfora de una lealtad, de un compañerismo en la diferencia; la alianza que –como sortija– va de mano en mano. Y, por supuesto, la *extranjería*.

Tanto Victoria Kent como Gabriela Mistral y Teresa de la Parra vivieron en el exilio. Hubo razones políticas, claro, y una de ellas fue su sexualidad disidente. Según David Foster (“La diáspora”), el exilio es una de las facetas del homoerotismo

latinoamericano y apela a modos posibles de la reinscripción subjetiva. En otras palabras: las y los homosexuales latinoamericanos, en las primeras décadas del siglo XX, fueron grandes nómadas: de seguir sus recorridos, siempre se encontrarán familias monstruosas, alianzas productivas pero contra-natura.

Así, el exilio debe ser entendido en sentido concreto y también en sentido metafórico –quien posee una sexualidad disidente se encuentra excluida de un sistema y de un mundo–. Pero además hay que pensar el exilio como ese espacio donde se habilita la posibilidad de desarrollar un conocimiento y un arte propio que se rebela ante los mandatos patriarcales y heteronormativos. En este sentido puede leerse, también, el poema “La extranjera” de Mistral publicado en el libro *Tala* (1938):

Habla con dejo *de sus mares bárbaros*,
con no sé qué algas y no sé qué arenas;
reza oración a dios sin bulto y peso [...].
En huerto nuestro que nos hizo extraño,
ha puesto cactus y zarpadas hierbas [...]
y *ha amado con pasión* [...]
*que nunca cuenta y que si nos contase sería como el mapa de otra estrella.*⁷

Pero volviendo al artículo sobre de la Parra. En un recorrido parecido al que hace Victoria Ocampo al hablar sobre la poeta chilena, Mistral nos lleva desde el momento en el que conoce a Teresa: “allá por el 27 o el 28 en París, cuando acababa de ser premiada su novela *Ifigenia*, y la vimos en salud plena y en eso que llaman los campesinos de Elqui ‘el punto’ de cualquier materia: planta aromática, dulce criollo, o sazón de edad” (65). Imposible saber si hay relación con el poema que cité al comienzo, pero la mención a Elqui y aquella otra *Efigenia* también tentada por el mar parece insinuarlo.

Cabe mencionar, además, que la *Ifigenia* (1924) de de la Parra viene antecedida por una dedicatoria a quien habría sido pareja de la autora, Emilia Ibarra de Barrios Parejo: “A ti, dulce ausente, a cuya sombra propicia floreció poco

⁷ En *A corazón abierto*, Juan Pablo Sutherland propone una geografía literaria de la homosexualidad en Chile. En ella, incluye relatos y poemas de escritores chilenos del siglo XX que, a su criterio, harían referencia a la homosexualidad. Pero Mistral no pudo ser incluida. La fundación Gabriela Mistral negó el permiso para que los poemas “La flor del aire” y “Tala” fueran incorporados en el libro bajo excusa de “proteger” la imagen de la autora.

a poco este libro. A aquella luz clarísima de tus ojos que para el caminar de la escritura lo alumbraron siempre de esperanza, y también *a la paz blanca y fría de tus dos manos cruzadas que no habrán de hojearlo nunca*, lo dedico” (2; cursivas mías). La muerte hace el contacto imposible, y de nuevo las manos que, esta vez, yacen inertes. Y, sin embargo, hay una sortija –como nota Molloy (*Poses*)– que de una (Emilia) pasó a la otra (Teresa) y que pasará, como veremos, a la siguiente (Lydia).

Continúo con la crónica de Mistral: “Tan hermosa era la venezolana que su belleza hacia olvidar su rango literario, dejando a las gentes en el puro disfrute de una criatura lograda a toda maestría corporal. Mirándola se daba las gracias por ella [...]” (65). Más de una carilla le dedica a esa figura arrobadora. Pero rápidamente nos lleva a los días previos a su muerte porque es la ausencia lo que Gabriela está duelando: “todavía yo confiaba, viviendo la misma y terca esperanza de *su única y noble enfermera, la cubana Lydia Cabrera*, que a la hora del desbande de las amistades, estaba con ella y quedaría a su lado hasta las postrimerías” (70; cursivas mías). Pero, con una nota al pie aclara: Cabrera no era enfermera sino escritora cubana. Y lo era. Pero, también, Cabrera es la “Cabrita” que aparece en las cartas de Teresa, recientemente publicadas; es la que, a diferencia de Mistral, pudo peinar “la cabeza querida” para la sepultura y quien pudo apoyar “la mano criolla sobre el cajón” (75) de Teresa.

Además, relata Mistral, “la última escritura suya [de Teresa] que yo leí sería una carta que quiso enviar a sus amigos bogotanos sobre cierto manifiesto de señoras católicas en el que se decían tristes torpezas respecto de las actividades diplomáticas de Palma Guillén, cuyo cristianismo de diamante Teresa conocía tanto como yo. (No la dejé enviar su protesta asombrada porque no la envolviese también a ella la torpe disputa)” (73).⁸

Palma Guillen era mexicana y fue la primera mujer latinoamericana en ocupar un cargo ministerial en el servicio consular. Pero además, no sólo habría

⁸ Sobre este mismo suceso, Mistral le cuenta a Ocampo en una carta: “[Palma] está padeciendo a estas horas una lluvia turbia, violenta y medieval, de insidias del clero, que ha tenido a bien declararla comunista, atea, gestora del divorcio y otras *lindezas* [...]. Ud. la volverá a cruzar: *atiéndala y conózcala*” (*Esta América* 47; cursivas mías).

sido pareja de Mistral durante muchos años, la mayoría de los cuales vivieron en Europa –“Me voy también por estar cerca de Palma. *Es mi única familia en este mundo [...]*”, le cuenta Mistral a Victoria en otra carta (*Esta América* 100; cursivas mías)– sino que, además, fue tutora legal del sobrino de Mistral, a quien esta segunda adoptó legalmente.

La correspondencia entre Mistral y Guillén fue conservada, como resulta habitual a la lógica de los afectos disidentes y las familias elegidas, por Doris Dana. Lo interesante es que fue publicada –y censurada– bajo el título malogrado de *Hijita querida* (2012), mientras que aquella entre Doris Dana y Mistral fue publicada, también, hace pocos años bajo el título: *Niña errante* (2010). Nuevamente, a pesar de los años transcurridos y en una torsión que parece no pasar de moda, la filiación y la infantilización aparecen como huellas señalando, al tiempo que encubriendo y opacando, a las sexualidades desviadas y disidentes.

Bibliografía

Arnés, Laura. *Ficciones lesbianas. Literatura y afectos en la cultura argentina*. Buenos Aires: Madreselva, 2016.

Bianco, José. *La pequeña Gyáros*. Buenos Aires: Seix Barral, [1932] 1994.

Foster, David. “La diáspora homoerótica en América Latina”. Meeting of the Latin American Studies Assn. Arizona State University, 1997.

Giorgi, Gabriel. *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2004.

---. y Mariano López Seoane. “Surtidos: Buscando el factor *queer* en la revista *Sur*”. *Suplemento Soy*, *Página12*, 10 de febrero de 2012.

Gramuglio, María Teresa. “Posiciones de *Sur* en el espacio literario. Una política de la cultura”. Sylvia Saítta (dir). *El oficio que se afirma. Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 9. Buenos Aires: Emecé, 2004. 93-122.

---. “*Sur*, una minoría cosmopolita en la periferia occidental”. Carlos Altamirano (ed). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz, 2010.

King, John. *Sur: estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Laclau, Ernesto. *Emancipation(s)*. London: Verso Editors, 1996.

López-Ríos, Santiago. "These Ladies Out-radical the Radicals': María de Maeztu, Victoria Kent and Victoria Ocampo". *Bulletin of Hispanic Studies* vol. 90, issue 3, 2013. Web. Fecha de acceso: 20/03/2017.

Marinello, Juan. "Gabriela Mistral y José Martí". *Revista Sur* n° 4, año 1 (1931): 156.

Mistral, Gabriela. "Sobre Teresa de la Parra". *Revista Sur* n° 25, año 6 (1936): 65.

---. "Recado sobre Victoria Kent", *Revista Sur* n° 20, año 6 (1936).

---. "Todas íbamos a ser reinas". *Tala*. Buenos Aires: Sur, 1938.

---. *Esta América nuestra: Correspondencia 1926-1956*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2007.

Mollov, Svlvia. "Secreto a voces: traslados lésbicos en Teresa de la Parra". *Poses de fin de siglo: desbordes del género en la modernidad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2012. 262-287.

Moreno, María. *Vida de vivos*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.

Ocampo, Victoria. "Y Lucila, que habla a río". *Sur* n° 245 (1957): 75.

Pasternac, Nora. *Sur, una revista en la tormenta*. Buenos Aires: Paradiso, 2002.

Podlubne, Judith. "Entre la gratuidad y el compromiso: el valor de lo literario en la revista *Sur*". *Boletín*/15 (2010): 47-64.

---. "Sur en los 60. Hacia una nueva sensibilidad crítica". *Badebec* n° 2 (2012): 43-62.

Sackville-West, Vita. "Virginia Woolf y Orlando". *Sur* 60-69 (1957).

Siskind, Mariano. *Cosmopolitan Desires: Global Modernity and World Literature in Latin America*. Evanston: Northwestern University Press, 2014.

Wilson, Patricia. *La constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.

Zegers, Pedro Pablo (ed). *Niña errante: Cartas a Doris Dana*. Lumen, 2010.

---. (ed). *Hijita querida: Cartas de Palma Guillén a Gabriela Mistral*. Santiago: Pehuén, 2012.